

RECUERDOS CON HISTORIA, 135

SABLES EXPERIMENTALES Y PROYECTOS

Por Vicente Navarro Serra

No le es fácil al investigador introducirse a fondo en el tema de los diseños de sables españoles de finales del siglo XIX y principios del XX. Esos fueron unos años de cierta confusión propiciada, no nos quepa duda, por la tercera Guerra Carlista de 1872-76, la campaña de Cuba de 1895-98 y la campaña de África de 1909-27.

Tremendas guerras, prácticamente una por generación, en tiempos que deseamos definitivamente pasados; demasiadas dificultades como para gozar de un clima de serenidad; excesivas convulsiones sociales y políticas como para permitir asentar unos criterios basados en la reflexión y la calma, ambas virtudes necesarias para alumbrar buenos y novedosos proyectos y obtener con prestancia el “plácet” de la superioridad competente. Claro que con el plácet y la subsiguiente orden de fabricación de nuevo material militar, no se hacía otra cosa que prevenir una posible y próxima campaña que, a juzgar por lo vivido, no podía tardar. Pero ésa es cuestión de reflexión por parte de sociólogos y filósofos y que, de plantearlos, sobrepasaría los límites de este trabajo.

Las cosas fueron como fueron, con cierta confusión y exasperante lentitud, clima ése que mucho intranquilizó, durante años, el espíritu inquieto e innovador del Marqués de Puerto Seguro que nunca sabía si sus proyectos serían o no aceptados de forma clara y nunca cuándo lo serían de forma definitiva.

Supongo que lo mismo les ocurrió a otros diseñadores de proyectos de sable que veían como sus ideas dormían el sueño de los justos en los cajones de la administración que fuere o que, cuando salían a la luz, eran rechazados sin posible apelación.

No siempre fue así, pues el entonces militar don José Robert sí gozó del privilegio de ver resaltados algunos de sus proyectos los cuales tuvieron el honor de ser fabricados en gran cantidad y puestos en manos de oficiales

y tropa que los emplearon tanto en la metrópoli como en ultramar. Un buen ejemplo de lo que expongo lo tenemos en el sable para oficial de Administración Militar, modelo Robert 1905 que, forrado completamente de cuero para evitar reflejos, empleaba el comandante Julio Benítez cuando en julio de 1921 perdió la vida, junto a la mayoría de sus oficiales, durante la defensa de la posición de Igueriben, en la Campaña de África, en la que también la perdieron la casi totalidad de suboficiales y soldados. El comandante Benítez fue recompensado, a título póstumo, con la Laureada. Su sable se conserva en el Museo del Ejército. Hoy estos ejemplares son relativamente fáciles de estudiar pues se conservan, como digo, en museos y colecciones. Lo que no es tan fácil es desvelar los misterios que rodean toda la “producción Robert” fueran o no empleados de manera reglamentaria, consentida, disimulada o “nonata”.

A ese respecto me interesa señalar que, desde hace sus buenos meses, tal vez un par de años, estoy intentando desentrañar todos esos secretos del “sí pero no” de las producciones y proyectos. Difícil planteamiento si no existen fuentes previamente trabajadas. Tampoco existe bibliografía que hubiere tratado este asunto con rigor pues las dificultades con las que tropezarían los autores son las mismas que estoy comentando. Y sin fuentes fiables, no hay resultados posibles.

Lo que no haré ahora será repetir y reproducir los estudios y las conclusiones a que han llegado los autores que me han precedido pues son todos trabajos sabios y prudentes bien conocidos por los interesados. Aquí no se trata de reiterar lo ya conocido sino de presentar las posibilidades ocultas y extensas que nos ofrecen los escasos ejemplares que, muy de tarde en tarde y mediando mucha suerte, llegan a las manos de los investigadores.

Esa y sólo ésa es mi intención. Es decir, no dejar cerrado el tema con lo que ya se ha llegado a saber, sino, por el contrario, ofrecer a la vista del lector los nuevos y más recientes descubrimientos en la seguridad de que han de servir de trampolín para ir desentrañando la dificultosa madeja de cualquiera de los proyectos de armas blancas (sables, espadas, bayonetas, machetes, espadas de ceñir...) como fueron, por ejemplo, los de los

señores Ruiz Soldado, Rafael de Vargas, Juan Valdés, Tomás P. Brunete y tantos otros conocidos o por conocer.

Nuestro común amigo Juan Luís Calvó hizo esfuerzos encomiables cuando redactó su extenso trabajo *“Armas Blancas en las F.F.A.A. Españolas”* donde, en los capítulos adecuados, nos aclaró muchos de los aspectos del tema.

Al decir que ofrezco a la vista las últimas novedades que me ha sido posible analizar me refiero a ejemplares de sable no a otra cosa. Las unidades “experimentales” que he examinado teniéndolas en las manos, fabricadas entre 1843 y el primer año del XX, suelen ser esquivas, no fáciles de encontrar y siempre recelosas de que se las saque a la luz y se descubran sus geometrías y arquitecturas. Otra cosa es que, además, hubieran aparecido textos y documentos acompañantes, pero eso, tal vez, sería demasiado exigir. O no, pues debo confesar que, como he dicho antes, en ello estoy desde hace ya un par de años y los resultados son, por ahora, prometedores. Una vez estructurados y contextualizados los expondremos en un próximo futuro, en formato libro, al alcance de todos los interesados.

Bien, pues vayamos al grano y veamos los ejemplares escrutados, con lupa de disección, para disfrute general y amplio conocimiento.





Este es un sable proyecto Robert que, en sus diversas variantes, es bien conocido por haberlo presentado en público autores tan distinguidos como quien me acoge en estas páginas, el tratadista e investigador J. Luís Calvó, que expuso tres variantes en el trabajo citado anteriormente, o el Tte. Coronel de Artillería Bernat Barceló que lo trató en su libro *“3 Siglos de Armamento Portátil en España”* en un apartado especial que llamó, acertadamente, *“Armas blancas que no llegaron”*.

Es un arma cuya pretensión fue ser ligera, de cómodo porte, de fabricación no excesivamente complicada y, como es de suponer, de coste aceptable de producción en fábrica y asumible de adquisición por el usuario.

Está lejanamente inspirado en los anteriores sables de caballería modelos de 1860 y 1880, por cuanto presenta una cazoleta completa, acerada y, en este caso, pavonada en su superficie interna. Es de las llamadas cerradas por el exterior y redondeada, sin galluelo, por el interior. El puño es de una pieza, de diseño ondulante, casi cilíndrico aunque ergonómico, “cuadrillado” y bien encajado en una monterilla corta.

Digo *cuadrillado* por pura costumbre aunque, como sabemos, no es palabra aceptada por la Real Academia de la Lengua. Para acabar de redondear el vocablo, los grabados que aparecen en el puño, como lo son prácticamente todos los de su estilo, incluyendo los Puerto-Seguro, no son pequeños cuadrados entre surcos paralelos, sino perfectos rombos, por lo

que cabría llamarlos, en el más puro estilo realista y puestos a ser puristas: *puños en grabados romboidales*. Nótese, en la adjunta imagen de detalle del puño, los diminutos rombos, más alineados y perfectos que las pastillas Juanola.

Contrariamente a los criterios de su coetáneo don Luís Carvajal, marqués de Puerto Seguro, la hoja es curva, con una pequeña flecha que para algunos incluso era excesiva. Su hoja presenta la clásica y muy interesante distribución de mesas que se adoptó en el modelo de sable para oficial de infantería de 1887 y que se materializa, en cada cara, mediante la siguiente sucesión de mesas: una, dos, tres y, finalmente, otra vez dos hasta la punta cuyos filos son simétricos causa por la que algunos especialistas europeos llaman *terminación en lengua de carpa* precisamente por su simetría. Va marcada “ART^a FB^a DE TOLEDO 1881” y sus dimensiones son bastante más generosas que el antes citado modelo de 1887.

Hasta aquí digamos que todo “normal”. Lo curioso será el encuentro con los que a continuación expongo dado que, como se verá, son algo bastante menos conocidos y mucho más sorprendentes.





Empecemos por el que también podemos llamar, con infinita precaución, proyecto Robert a no ser que, en el futuro, se descubriera que no fue así. Eso no impediría que, lógicamente, cambiáramos de criterio y opinión, antes bien, nos alegraría infinitamente conocer la verdad.

El comandante de Artillería con José Robert Bordés presentó en su día varios proyectos que fueron numerados correlativamente, modelos 1,2,3... y sucesivos... por la comisión encargada de su estudio y aprobación si procediere.

El que tenemos a la vista cumple, en cuanto a su guarnición, con los requisitos que pudiéramos llamar Robert puesto que también es de cazoleta cerrada, entera, sin galluelo, de acero pulido y puño cilíndrico con *grabados romboidales* que encaja perfectamente, en toda su extensión, en una monterilla completa. Añado que existe una cierta tendencia, por determinados autores, en considerar que todos estos sables proyecto iban destinados, al menos intencionalmente, al Arma de Artillería cosa que, por el momento, parece no estar confirmada.

Sin embargo, este ejemplar destaca por varios aspectos muy ostentosos a simple vista:

1º: Una hoja con una gran curvatura. Su flecha alcanza la notable longitud de 9'5 cm. cosa que, a nuestro juicio, sí es esta vez algo exagerado y que recuerda las de algunos sables de comienzos del siglo XIX. Por supuesto que esta curvatura hace al arma inútil para la estocada. *Puerto Seguro dixit.*

2º: La anchura de esta hoja supera a las conocidas de los proyectos Robert. Son 2'6 cm en el arranque de la bigotera. En cambio, su longitud es de sólo 71 cm. cosa que la hace "útil" (entre comillas) para infantería pero nunca para caballería.

3º: Entre diversos y elegantes grabados, se halla marcada, por una cara "Fca NI de Toledo" y por la otra "Año de 1843"

4º: La vaina posee dos anillas cosa que, como se sabe, se redujo a una a partir de la década de 1880.

Muy bien, este es el ejemplar. Francamente insospechado. No sabemos otra cosa pero, al menos, podemos constatar su palpable realidad. ¿Diseño de 1843? ¿Diseño de finales de s.XIX pero con empleo de una hoja anterior? ¿Capricho puntual de un diseñador u oficial? De su concienzudo examen deducimos que no es una mixtura a juzgar por la perfección del acabado, incluido el perfecto remache superior de la espiga de la hoja, y todo su aspecto general, compacto, regular y perfectamente armónico en tonalidad y pulidos de guarda, vaina y hoja.

Veremos qué nos aporta el futuro.



Este es el último ejemplar que presento hoy. Lo tengo en las manos y no me lo acabo de creer. En la imagen trato de que se puedan comparar el modelo 1887 (a la izquierda) para oficial de infantería y el que expongo a la derecha como rabiosa novedad e insólito descubrimiento.

Son primos hermanos. Misma idea y mismo concepto, pero no el mismo tamaño (algo más reducido el recién descubierto) y no la misma concepción de guarnición. A la vista está.

Se hermanan perfectamente en monterillas (el modelo de 1887 podía o no llevar perilla), puños de madera de apretados gallones cubiertos de escogida piel de lija, guarniciones de acero y vainas prácticamente gemelas con brocales, anillas y batientes exactos.

La hoja no tiene nada de particular: Levemente curva, con lomo redondo al interior hasta completar los $\frac{3}{4}$ del total, prolongándose con filo hasta la punta. En el exterior, también lomo redondo en el primer tercio y filo en el

resto. Bigotera y ligerísimo vaciado en el que aparece la marca “*ARTª FABª DE TOLEDO 1900*”

Por eso decía que lo que sorprende de verdad es la vuelta a los gavilanes, planos en este caso, y a un galluelo en cilindro. ¿Sería otro capricho ocasional de un cliente singular? ¿O la presentación de un diseño para concurso y aprobación? ¿O un cierto interés en acercarse a los diversos modelos de sables franceses “*fantaisie*”, como dicen en Francia, pero de extendido empleo en el vecino país? Porque hay que reconocer que el sable está bien construido, bien acabado y bien niquelado. Tal vez, a mi juicio y como única objeción, presenta un centro de gravedad algo adelantado lo que hace que la hoja, como diría un buen esgrimista, cabecea un poco cosa que va en beneficio del golpe pero en perjuicio de la recuperación del arma.

Parece un sable para oficiales de infantería que, siendo como eran plazas montadas, lo colocarían en el tahalí de sus monturas, convirtiéndolo en “sable de montar”. Sin embargo, en el año de 1900, bien podría haber sido empleado, en caso de haber obtenido aprobado de la Junta Superior Facultativa de Artillería, por cualquier otro oficial del arma o cuerpo que fuere, incluyendo, por descontado, los de caballería.

Esto en el supuesto que les hubiera convencido tanto su tamaño como su resistencia y eso, a las puertas de la Campaña del Rif, tampoco estaría demasiado claro vistas las recientes y duras experiencias de Cuba, aunque, en ambos casos, muchos oficiales emplearan, en tan lejanas tierras, el tan citado aquí modelo 1887, su primo hermano.

Pongamos punto final a estas reflexiones. Persistiremos en el estudio y aportaremos, para conocimiento general, lo que de ellos se vaya desprendiendo.

Abril 2020